

LA IGLESIA PARROQUIAL DE CIGA EN EL BAZTAN

JESUS MARIA OMEÑACA SANZ

Es posible que, bajando el puerto de Velate y después de tomar la carretera alta del Baztán, el viajero primerizo se detenga en el Mirador para recrear la vista con el idílico paisaje del valle que desde allí se divisa. Sin embargo, probablemente habrá dejado de entrar un poco antes en un pequeño pueblo, Ciga, que le hubiera deparado la sorpresa de una iglesia singular. Ante su imponente fachada porticada, precedida de amplia escalinata y coronada en el centro de potente torre-campañario se hubiera sentido impresionado, casi abrumado. Nada tiene que ver el aspecto de esta construcción con el de las bellas casonas del lugar que se extienden a sus pies. Intentaremos ahora llegar a su explicación histórica, de la mano de la documentación disponible¹.

Hasta la primera mitad del siglo XVI, Ciga contaba con una iglesia parroquial en este mismo solar, punto culminante del emplazamiento del pueblo, una especie de atalaya sobre las suaves y onduladas alturas del fondo y frente al enérgico perfil de las montañas que cierran el valle. La vieja iglesia dataría del siglo XIII o XIV². Estaba ya bajo la advocación

1. Archivo Parroquial de Ciga. Se conservan dos libros de Fábrica que suministran abundantes noticias desde 1567 hasta 1888. El primero lleva al exterior: «Libro de cuentas de la Yg.^a de Ciga. Empieza en 1567 y acaba en 1739». En el interior, en el primer folio: «Libro de la bisita de la yglesia parroquial del lugar de Cigua. Año 1567 siendo obispo el Ilmo. y Rvdmo. señor don Diego Ramírez Sedeno obispo de Pamplona y del Consejo de Su Majestad y después en el año de sesenta y siete también obispo de lo reducido de lo de Bayona por la Sta. Madre Iglesia de Roma». Está completo desde el primer folio. Después del folio 145 la numeración pasa al 246 y sigue con este salto hasta el final. El segundo libro lleva al exterior en portada «Lugar de Ciga. Cuentas de la Iglesia de Ciga. Año 1731». Y en el lomo: «Cuentas 1740». La última fecha que consta al interior es 1888.

Mientras no se indique otra cosa, todas las noticias de este trabajo están sacadas de estos dos libros, donde se pueden localizar por su orden cronológico, sin que volvamos a citarlos expresamente.

En cuanto a bibliografía, no he visto nada publicado sobre el tema, fuera de lo que redacté en la obra dirigida por A. FLORISTÁN, *Itinerarios por Navarra. 2. Montaña, Pamplona*. Pamplona 1978, p. 75.

2. Cfr. noticias sobre la vida eclesiástica en el Baztán ya en los siglos XI y XII, en J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de los Obispos de Pamplona. I. s. IV-XIII*, Pamplona 1979, p. 292.

del «Señor Sant Llorente». Tenía torre, coro y cementerio y resultaba pequeña y oscura por lo que, dentro de la fiebre de obras de ampliación que se detecta por entonces en todas las parroquias del Reyno, el Visitador diocesano mandaba en agosto de 1571 «que la obra de la iglesia se haga conforme a la traza que dexo Villareal» dando a entender, a continuación, que se trataba de unas reformas para ampliación de luz y espacio. El maestro Juan de Villareal, veedor de obras del Obispado de Pamplona, intervenía por entonces en numerosos casos similares a lo largo y ancho de todo el territorio diocesano. Habían tomado a su cargo la obra el cantero Pedro de Oiz y su hijo Martín de Oiz y, ya en julio de 1572, habían cobrado 70 ducados, como reconocieron el día 13 en Irurita. Los canteros no firmaron porque no sabían escribir y así lo hicieron por ellos dos testigos de Garzain y Elizondo, además del párroco de Ciga, Don Juan de Echandi. El año 1576 el Visitador manda hacer un sagrario según traza de Villareal «por cuanto hallamos que en el altar mayor no hay ningún adorno para tener el Santísimo Sacramento con la decencia que se requiere». Fue realizado inmediatamente por el entallador Juan de Lassaga y costó 73 ducados. El año 78 el cantero Martín de Oiz hizo únicamente una ventana para dar luz al altar mayor. Porque la verdad es que la obra de la iglesia no avanzaba apenas nada. Y así, ya ese mismo año el Visitador, licenciado Labayen, mandaba que se urgiera al cantero a cumplir el contrato. Dos años después, en 1580, el cantero había muerto sin hacer nada de la obra: Pedro de Oiz había recibido ya 277 ducados y su hijo Martín, que le había sucedido, seguía igual por lo que el Visitador mandaba que, si en el verano no continuaba la obra, se procediese contra él rescindiendo el contrato. Algo se hizo antes de 1584, pues en este año aparecen pagos a los canteros Martín de Oiz y Martín de Urrutia, con la firma autógrafa de este último, seguramente cuñado del anterior. En este momento, el libro de fábrica trae un resumen de pagos, que ascendían ya en total a 504 ducados, por los cuales firmó un recibo «el dicho Martín de Urrutia como fijo y heredero de Pedro de Oiz su padre». Después de esta cuenta desaparece Martín de Oiz y sólo figura Martín de Urrutia que, a partir de 1593 es sustituido en la documentación por Juan de Urrutia, sin que sepamos con seguridad si se trata de un cambio de nombre o de otra persona distinta. Parece más probable que se trata de la misma persona pues el año 93 se hace otra suma total de los pagos desde el 71 «que el cantero tiene recibidos» y que ascendían a 825 ducados y 8 tarjas. Hasta este año de 1593 la obra seguía medio parada. Ya era un lugar común en los avisos del Visitador el toque de atención para que «el maestro cantero que hace la iglesia no se le acuda con nada sin que vaya continuando la dicha obra, atento que tiene recibida mucha cantidad de la dicha iglesia y no obra nada en ella».

Entre el 93 y el 97 hay un silencio en el libro de fábrica sobre la

obra. Pero el silencio de la pluma debió de ser suplido, por fin, con una febril actividad constructora. De pronto, en 1597 encontramos el pago de ocho ducados al veedor de obras del Obispado, maese Miguel de Altuna «por nueve días que se ocupó en la estima de la dicha iglesia de parte della». ¿Qué había pasado para que en sólo cuatro años se levantara la mole de la iglesia actual, cuando durante 23 no se había logrado hacer apenas nada? La llegada del nuevo abad, Don Miguel de Jauregui, había producido el milagro. El «bachiller Jauregui, rector de la parroquia de Ciga y Arcipreste de baldebaztán» oriundo de la familia propietaria del cercano Palacio de Ohárriz adelantó de su propio peculio todo el dinero necesario y la obra se hizo sin demora, prácticamente de un tirón, en dos etapas seguidas: 1593-1597 y 1598-1603.

Lo que no sabemos es si el plan constructivo que se siguió fue el de «la traza que dexó Villareal» o si el entusiasta y culto abad se trajo de la Corte alguna traza nueva más conforme a los modos imperantes en Castilla desde que Juan Bautista de Toledo iniciara en 1563 la obra señera del Monasterio de El Escorial, proseguida, a su muerte por Juan de Herrera³. Si es verdad que, según orden de Felipe II «solo se podían construir edificios públicos una vez que Herrera hubiera aprobado los planos»⁴ no debe descartarse una traza nueva para la iglesia de Ciga según los módulos herrerianos. En el documento de tasación de la primera parte de la obra de Ciga se dice «todas las dichas obras las han hecho mase Joan de Urrutia y Don Miguel de Jauregui Rector en la dicha iglesia» y el propio rector: «la obra que yo el dicho abad y mase Juan de Urrutia hemos hecho en la iglesia parroquial del dicho pueblo de Ciga». En la primera etapa de la obra, aparecen como ejecutores de algún modo los dos. Más concretamente: «la obra que hizo en ella maese Js de Urrutia cantero y el dicho rector la prosiguió hasta ponerla en el estado referido». En cambio, en la tasación de las obras de la segunda etapa, no se nombra a Urrutia y se limita a decir «La obra de la yglesia que ha hecho hacer don Miguel de Jauregui rector del dicho lugar». Hay que reconocer, al menos, que el bachiller Jauregui siguió la obra de cerca, como dejan ver algunos detalles de la documentación. Se preocupó de medir personalmente la profundidad de los cimientos y hacerlo constar para conocimiento de los tasadores. Pero, en definitiva, a falta por ahora de otros datos no podemos asegurar quién fue el autor de la traza de esta iglesia a la que por lo menos en el estilo hay que asignarle

3. J. A. GAYA NUÑO, *El Escorial*, Madrid (sin fecha). J. CAMON AZNAR, *La arquitectura y orfebrería españolas del siglo XVI*, en «Summa Artis. Historia General del Arte». Vol. XVII, Madrid 1970. Cfr. Arte trentino. El Escorial, pp. 373-464.

4. V. BOZAL, *Historia del arte en España. Desde los orígenes hasta la Ilustración*, Madrid 1973, p. 257. Algunos ejemplos en L. CERVERA VERA, *Documentos biográficos de Juan de Herrera*, Zaragoza-Madrid 1981.

un evidente carácter herreriano y cuya construcción se llevó a cabo en los años de apogeo de esa tendencia artística.

Así pues, el día 1 de julio de 1597, ante el Vicario General, D. Juan Coello de Contreras, presentaron documento de tasación el veedor del Obispado, maese Juan de Altuna y el cantero maese Juan de Garaycochea. El precio estimado fue de 3.377 ducados y medio de a once reales el ducado. La obra que se había hecho era la siguiente: paredes de la cabecera, de mampostería, con dos pilares de sillería; paredes del crucero y sacristía, de mampostería con los cantones interiores y exteriores de sillería; una venera labrada y su arco perpiaño con florones, en la cabecera; las demás bóvedas y arcos perpiaños «con algibería», dovelaje y claves; dos pechinas en la cabecera; el entablamento de todos los muros por fuera y las cornisas del interior; las gradas, rellanos, puertas, ventanas y saeteras, vidrieras de las ventanas con sus marcos y redes metálicas, la pintura, el tejado de toda «la obra nueva», escaleras, coro, torre de las campanas y balaustrado de madera ante el altar mayor. Se visitaron las canteras y demás y se descontaron los despojos de la iglesia vieja utilizados.

Apenas pasado lo crudo del invierno, se inició sin demora la segunda etapa de la obra. El bachiller Jauregui hizo constar puntualmente que «se comenzó la segunda obra a 2 de marzo de 1598» y procuró que se copiase también en el libro de fábrica la segunda tasación. Esta se firmó el 24 de agosto de 1603 y la presentaron Francisco Fratín, veedor de obras del Obispado y el mismo cantero que intervino en la primera, maese Juan de Garaycochea. A la vista del documento, proveyó el Vicario General, Licenciado D. Dionisio Pérez Portocarrero, el 9 de septiembre. Sabemos así que en esta segunda etapa se completaron las cubiertas, la escalera de caracol que hay para el coro, con sus puertas y ventanas, se cubrió la torre, se alzaron los dos atrios laterales que servían de cementerio, se hizo el coro «con sus tres arcos perpiaños, capiteles y principio de los cuatro sajamientos» y se pavimentó con tablones de roble, colocando también su balaustrada y ultimando la ventana, se cerraron los dos cementerios (atrios laterales) con puertas de madera y se colocaron las campanas. La tasación fue exhaustiva, como de costumbre y se descontó lo que se aprovechó del «despojo viejo de los texados». El valor de esta segunda obra ascendió a 3.121 ducados y dos reales, que, sumado al de la primera, arrojaba un total de 6.498 ducados y 34 tarjas.

Los feligreses de Ciga, contentos con razón y orgullosos de la obra, a fuer de agradecidos, recogieron firmas para suplicar al Vicario General que «honrra a su Rector por haber hecho tan buena y sancta obra en fabricarles su iglesia habiendo tenido en ello tanto trabajo y hasta empeñando su hacienda y sacando mucha cantidad de dinero a censo...». Ignoramos el resultado de la solicitud. Sólo sabemos que en 1605 se bendijo la iglesia nueva.

En los cuatro años inmediatos se acabó el tejado y se hicieron las gradas más altas del altar mayor, continuando sucesivamente con las imágenes y el púlpito, que se alzó en 1609. Debió de ser la última obra que realizó el generoso y activo bachiller Jáuregui, que falleció el día de la Virgen de agosto de 1611.

A partir de 1603 había comenzado a retener los frutos de la primicia a cuenta del dinero adelantado. En su testamento dejaba a la iglesia de Ciga 300 ducados, a los que había que sumar otros «seis ducados que mandó se diesen a la dicha iglesia en recompensa de la casulla que se le dio para su entierro». Y aunque se le debían aún más de 4.000 ducados disponía «que la mitad de ese crédito se emplease en obras pías y la otra mitad dejó a los dueños del Palacio de Oárriz».

Y así se siguió pagando a los herederos de D. Miguel durante ciento setenta años. La verdad es que no siempre fue tan corriente y sin dificultades el pago, como hubiese deseado, sin duda, el buen mecenas, ya que en 1622 los acreedores promovieron un pleito contra la parroquia⁵. María de Egozcue, viuda de Miguel de Jauregui, sobrino del bachiller del mismo nombre, recuerda que éste en su último testamento declaraba que «se le debían de resta 4.971 ducados, 27 tarjas y 8 cornados y en la mitad de ellos nombró a su alma por he(re)dera con los demás bienes y la otra mitad dexo por legato al dicho Miguel de Jauregui dueño de los dichos palacios de oarriz» y el párroco y primicieros no se preocupaban de pagar. Parece ser que D. Juan de Goyeneche, párroco a la sazón, alegó otros pagos imprescindibles y la cosa no pasó a mayores. En 7 de diciembre de 1699 aparece en el libro de fábrica un resumen de todo lo entregado hasta esa fecha por la obra de cantería, en una nota que titula «Carta cuenta con Mathías de Jauregui acreedor en la iglesia de Ciga». Más pagos aparecen, por ejemplo, en 1715, 1721, 1762 y 1767.

A lo largo de los años, siguieron las inevitables obras para ir mejorando el edificio, según las necesidades. En 1640 se habían hecho arreglos en las cubiertas de nave y claustro y se le echó el suelo a la nave de la iglesia. En 1645 se renovaron las paredes del conjuratorio o sobre claustro al interior y se siguió arreglando el pavimento de la iglesia con ladrillos y losas de piedra.

En 1670 había caído sobre la iglesia una centella que produjo un agujero en la cubierta y bóveda, sobre el coro y ocasionó desperfectos en el suelo de éste. Hubo que arreglarlo, pintando la bóveda también, igualándola con el resto. Para esta necesidad adelantó el dinero el heredero del abad Jáuregui, que era por entonces D. Pedro de Jáuregui, añadiendo este importe a la deuda de la construcción de la iglesia. Sin embargo el suelo del coro tardó dos años en ser reparado.

En 1699, en un momento de relativo respiro económico, en vista de

5. Archivo Diocesano de Pamplona. Treviño c/ 317, n.º 4.

la conveniencia, se pudo pensar en pavimentar ya la nave de una manera más sólida y definitiva con losas de piedra. Así lo mandó el Visitador, indicando que se podía hacer a jornal o sacando la obra a subasta a remate de candela. En efecto, en los tres años siguientes, enlosaron la iglesia hasta las gradas y arreglaron los altares ensanchándolos y rebajándolos. Importó todo 365 reales.

En 1715 se hizo una pared en la torre, pero, sobre todo, se hicieron las gradas que salvan el desnivel entre el atrio y la plaza. En el acarreo de la piedra y jornales se gastaron 72 reales y 18 maravedíes. Este mismo año se mandó enlosar el atrio-cementerio y hacer una pared «que sirva de defensa al tejado de la parroquia». Por las cuentas de 1721 sabemos que se arregló «el rafe del defensivo de la parte del bochorno». En 1762 se hacen pagos «por rancar las piedras de la escalera de la entrada de la iglesia y ponerlas en forma». En 1767 se arregla la entrada de la puerta de la iglesia y el tejado. En 1781 se paga al cantero Pedro de Arraurenchea por poner el suelo de piedra del atrio delantero de la iglesia, como se había mandado en la visita anterior. Ese mismo año, unos italianos blanquearon la iglesia, por 1.700 reales.

Poco después, entre 1793 y 1795 padeció Ciga, como el resto del Baztán, los desmanes de la soldadesca francesa en la calamitosa guerra contra la Convención⁶. Se trasladó el archivo parroquial y la plata a Pamplona y luego hasta Tarazona para ponerlos a salvo. Cuando volvió la calma, hubo que «blanquear el Processionario y quitar varias figuras indecentes puestas por los franceses».

En 1805 y siguiendo reales órdenes se manda hacer cementerio nuevo en lugar apartado de la iglesia, con lo cual dejó de tener esa función el atrio de la iglesia. Estaba terminado en 1809 y costó la suma de 1.633 reales fuertes.

En 1819 se hicieron obras de relativa importancia, especialmente en el presbiterio donde se puso pavimento de piedra, gradas, barandilla y puerta de la sacristía. También por entonces se hizo la ampliación del coro, sacando dos balconadas sobre las paredes de la nave, poniendo barandilla nueva y demás. Por todo ello se pagó a Burges 482 reales fuertes. En los tres años siguientes se arregló la pila bautismal, añadiéndole el remate de madera con cerrajas y demás⁷.

Un furioso huracán causó el derribo de parte de la balastrada de piedra de la torre, cuya reparación costó 49 reales fuertes. Pero sólo fue el principio de las calamidades que culminaron un aciago día de 1821, el 5 de marzo. En esa fecha un rayo derribó la torre y su estancia inferior, destrozando también las campanas. Se perdió de esta forma la torre

6. F. IDOATE, *Guerra contra la Convención*, en «Navarra. Temas de Cultura popular», 106. Pamplona 1971.

7. Tanto la ampliación del coro como los aditamentos de la pila bautismal, han sido eliminados en las obras de restauración de 1976.

que completaba la iglesia herreriana y que constituía uno de los pocos ejemplos de las de ese estilo en Navarra⁸. En medio de la consternación general y, lejos de desanimarse por la interminable serie de calamidades de los últimos treinta años, los de Ciga emprendieron sin más la construcción de una nueva torre tan alta o más que la anterior, pero ya lógicamente tributaria del estilo «Imperio», al menos en los motivos decorativos. No puede dudarse que el motor de esta actividad constructiva fue una vez más el párroco, que en esta ocasión era don José Antonio Aldave. Hombre enérgico, emprendedor, escrupuloso cumplidor de todas sus obligaciones pastorales, había llegado a Ciga en 1818 y se mantuvo al frente de la parroquia durante 48 años, hasta su muerte en 1866. Apenas llegado había planeado importantes obras de mejora en la iglesia. La necesidad le deparó una ocasión de dar rienda suelta a su gran capacidad: la torre se reedificó en un tiempo corto, puesto que estaba terminada en 1823. El coste total fue de 13.829 reales fuertes y 18 maravedíes, incluyendo la cantería, carpintería, albañilería, cerrajería y demás, amén de la función de las campanas. Todos contribuyeron a los gastos: el Obispado, que condonó 5.000 reales, los vecinos, que pagaron lo que les tocó, en dinero o en labores y hasta se echó mano, con permiso del Vicario General de los réditos de la fundación de la Virgen del Rosario, de casa Borrongonea de Legasa. El propio párroco hospedó en su casa a dos canteros durante unos 50 días y lo mismo hizo durante otros 38 días con dos campaneros, que, por ello, no le cobraron el esquilón menor.

En 1830 hizo nuevas seis puertas para la iglesia, dos de ellas con clavos chapeados, reforzando la seguridad de la iglesia. De nuevo se blanqueó el atrio de la iglesia y se arreglaron las sepulturas. Y se pagó «a Javier de Echeverría por cortar y serrar el maderamen en el monte de Vertiz para el pabimento de la iglesia». En 1838 se puso el enrejado de madera del atrio. En 1838 necesitó otro arreglo la escalinata y se repusieron varias piedras nuevas de sillería. En 1853 se pone un cancel en las puertas de la iglesia «para impedir el viento y la intemperie». También se empapela el presbiterio, se pinta y arregla la concha del altar mayor y el cancelado.

La humedad ha sido y es en la iglesia de Ciga un enemigo siempre presente y activo. Así, como en 1854 el agua calaba en el interior, concretamente en la pared del presbiterio, hubo que reponer un tejado, para lo cual se compraron tres árboles de roble de casa Arosteguiá. Por el lado opuesto, también el fuego amenazó la iglesia. Hacia 1859 hubo algunos incendios, primero en el pavimento y en otra ocasión en el alero

8. Otras torres que se hicieron en Navarra por los mismos años que la de Ciga y que persisten son, al menos, la del Monasterio de Irache (1609) y la del Crucifijo de Puente la Reina (1625).

del tejado. Este pudo ser grave si no hubiera sido por la prontitud con que la gente acudió y consiguió apagar el fuego. Aun así, el arreglo costó 62 reales fuertes.

Todavía poco antes de morir hizo don José Antonio Aldave, hacia 1863, una limpieza general en la iglesia y en el atrio, continuamente deterioradas sus paredes por la humedad propia del clima baztanés.

Y una vez más el rayo: en 1869 hubo que poner seis piedras en la torre arrancadas por el de esta vez. Quizá para prevenir futuros deterioros por esta causa, se pusieron a continuación, en 1870, chapas de plomo en las cuatro esquinas de la torre. Aún siguen haciendo su función ahora. Algo más tarde, en 1881, se coloca en la torre una cruz, que ya no se conserva, como no sea una de las cuatro que adornan las pirámides truncadas de la balaustrada superior. El último gasto mencionado en el segundo libro de fábrica, en 1887, es el material para las dos puertas interiores «en los arcos de la iglesia parroquial».

Hasta aquí los principales datos documentales referidos al edificio de la iglesia parroquial de Ciga. Aún hay otros, más minuciosos, sobre obras en la torre, en el atrio-procesionario y el conjuratorio o sobreatrio, y por supuesto, en el cementerio⁹.

Terminado el recorrido histórico de la iglesia, podemos detenernos brevemente en su contemplación.

La actual fábrica de la iglesia, edificada sobre el solar de la antigua, está orientada, como aquella, en el sentido tradicional: con el ábside hacia el este. En el siglo XVI esto era inalterable. Ahora bien, en Ciga, el caserío ha ocupado siempre el declive que, bajando desde la iglesia se extiende hacia el este y noroeste. Si se construía la fachada, como de costumbre, al poniente o al sur, era inevitable que el templo quedase prácticamente dando la espalda al pueblo. Para salir al paso de la dificultad y compaginarlo todo, se buscó una solución ingeniosa: se orientó debidamente, según la norma, el cuerpo de la iglesia, pero encajaron su planta de cruz latina en un atrio porticado que, abrazándola por tres lados presenta la solemne fachada en el flanco oriental, precisamente frente al caserío. Queda así a la vista una vasta mole casi cuadrangular de la que sólo sobresale por detrás, sin ser notado, parte del tramo de los pies. La fachada se consigue al recrecer el cuerpo bajo, de arcos calados, con otro opaco sobre cuyo tramo central emerge la torre¹⁰.

9. Queda también, como podía esperarse una documentación bastante completa y pintoresca sobre sagrarios y retablos; imágenes, cuadros y viacrucis; orfebrería (cruces, custodias, cálices, etc.). Y aun se podría completar la historia con noticias sobre las ermitas del término. Pero todo esto excedería los límites impuestos a este trabajo. Las importantes obras realizadas en 1976, con el asesoramiento de los servicios técnicos del Arzobispado, impulsadas por el celoso párroco actual, D. Tomás Urriza, pueden verse enumeradas en el Boletín ELCARTASUNA, Arizcun, octubre-diciembre, 1976.

10. Todo hace pensar que la torre derruida por el rayo en 1821 ocupaba el mismo lugar que la actual.

La amplia y elevada escalinata es hoy un digno prelude que potencia la fachada. Organizada ésta con absoluta simetría desde un eje central, incluye un primer cuerpo porticado en arcos de medio punto y otro superior separado de él por un simple resalte y perforado por severas ventanas rectangulares. Se corona con un entablamento corrido en toda su extensión. A partir del eje central van perdiendo profundidad hacia los extremos los escasos salientes: así, el arco central está flanqueado por columnas dóricas, que sustentan un frontón, friso y arquitrabe, destacados del resto; los dos arcos contiguos se separan de los siguientes por pilastras y, después de los dos últimos, continúa sólo el muro que únicamente presenta un resalte al llegar a la esquina. Toda la fachada se desarrolla así en tres planos de profundidad, tímida pero suficientemente marcados también en el entablamento corrido y acentuados por el frontón y luego por una balaustrada de piedra¹¹ retranqueada sobre el alero en el triple tramo central¹². Disposición arquitectónica prenunciadora ya de los gustos barrocos. El efecto del conjunto se acentúa con la torre, elevada en el centro riguroso de la perspectiva, algo retranqueada del resto, ubicada, en plano, entre el muro absidal y la propia fachada.

La torre, de planta cuadrada con los ángulos achaflanados, consta de dos cuerpos y la cúpula. El más bajo, macizo y la mitad de alto que el superior, lleva hacia la fachada la esfera del reloj, enmarcada por guirnalda. Una cornisa lo separa del cuerpo superior, en el que se abren amplios vanos, en medio punto, para las campanas. La única decoración consiste en pilastras lisas y poco salientes, ornadas con la consabida guirnalda en el sitio del capitel. Una nueva cornisa da paso a la cúpula, cuatripartita, achaflanada como el resto de la torre y bastante apuntada. Ignoramos, como queda dicho, los detalles estructurales de la torre primitiva del XVI, pero sospechamos que el efecto en el conjunto sería parecido. Si acaso, nos la imaginamos algo menos maciza y un poco menos alta, más proporcionada así con las dimensiones del conjunto de la fachada.

No cabe duda de que la piedra utilizada en la iglesia de Ciga, procedente de alguna cantera cercana y característica en el valle, presta al exterior de la construcción una especie de simbiosis con los edificios de su entorno, pero tampoco se debe negar que favorece poco a la diáfana y geométrica claridad del dibujo de las líneas arquitectónicas, tan evidentes en el monócromo granito escurialense.

11. Muy similar a la que tiene la fachada de la catedral de Valladolid, planeada en principio por Herrera. Cfr. J. CAMON AZNAR, *o.c.*, y J. URREA FERNÁNDEZ, *La Catedral de Valladolid y Museo Diocesano*, León 1978, p. 14. Además lleva pirámides sobre las pilastras (más truncadas hoy las de los extremos) que hacen recordar las pirámides con bolas de la fachada del Escorial.

12. Refuerza esta impresión la escalinata, construida más tarde, que abarca también este triple tramo del centro.

El atrio porticado se continúa por los dos lados, norte y sur, con seis arcos en cada uno, sostenidos por pilastras de sección cuadrada y cubiertos con bóveda de cañón al interior de la crujía. Fuera de los tres tramos del sureste, que tienen también cuerpo superior¹³, el resto sólo tiene el cuerpo inferior.

Desde el atrio se pasa al interior por dos puertas que se abren, una a cada lado, en el tramo de la nave inmediato al crucero. Supuesta la planta de cruz latina, a los lados de la cabecera se alojan respectivamente la sacristía al sur y las escaleras para el sobreatrio al norte. La pared de fondo del ábside es recta en planta, pero en la parte superior y mediante dos pechinas aconchadas, da paso a una gran venera, labrada en piedra, que se continúa luego con un arco de cajetones. Este, junto con otros tres perpiñones, sostienen una cúpula baída y nervada sobre el centro del crucero. Los tramos de éste y la nave, se cubren por bóveda de cañón que arranca de una cornisa muy simplificada. Hay coro a los pies de la nave y los arcos que sostienen la bóveda del sotocoro arrancan de ménsulas renacentistas.

Aunque no hagamos la historia del ajuar de la iglesia a lo largo de los últimos cinco siglos, diremos sobre lo existente que el retablo mayor actual, barroco, fue el de la parroquia de San Nicolás de Pamplona, de donde se trajo en los primeros años de este siglo. Los dos retablos de la cabecera del crucero son de 1700, pero los dos lienzos de Santa Catalina y Santa Bárbara se habían comprado ya en 1650, mientras que la talla de la Virgen del Rosario se trajo de Valladolid en 1703 y se estofó en 1767 por Tomás Gil. Otros dos retablos en ambos lados del crucero, son del siglo pasado. Algunos lienzos, restaurados recientemente y colocados en la iglesia, se compraron en 1829 a D. Lucas Riezu, vecino de Pamplona y procedían del palacio de Gainza. El crucifijo barroco se cita ya en 1672.

J. M. Omeñaca Sanz
Museo Diocesano
PAMPLONA

13. Para alojar algunas estancias que, junto con el sobreatrio de la fachada, servirían para depósito de las primicias y otros fines.